

XXV.

Seis semanas despues, el *Soberano* era señalado en el puerto de Tolon. Al momento el prefecto marítimo, y el comandante de la subdivision se dirigieron á bordo del navío en que venia el mariscal Bazaine. A nombre de sus ministros respectivos le anunciaron que se habia dado orden para que no se le hiciesen honores. La poblacion, prevenida de estas disposiciones por la *Gaceta del Mediodia*, que no habian desmentido las autoridades, se agolpaba al muelle. El mariscal tuvo que atravesar por entre la multitud, con el corazon despedazado, pero con la frente altiva; tenia la conciencia, al pisar su suelo natal, de haber cumplido enteramente con su deber de soldado francés.

La Francia no habia celebrado, á su vuelta de México, á los regimientos que no lo merecian menos que sus antecesores al tornar antes de Crimea y de Italia. El mismo sentimiento de reserva pudo inspirar á nuestro gobierno en su actitud oficial respecto al general en jefe del cuerpo expedicionario. Pero debemos creer que la recepcion que se hizo al mariscal en el palacio de las Tullerías, adonde fué llamado luego que llegó á Paris, lo ha vengado de las decepciones que habia encontrado á su paso por Tolon. Esta

conjetura es natural si se atiende á una carta emanada del ministerio de la guerra, escrita de Paris en los mismos momentos en que el general Castelnau se despedia de México.

*Paris, 15 de Febrero de 1867.*

“El mariscal Niel escribe por este correo al Sr. Mariscal Bazaine, una carta que vereis. Se ha presentado al emperador, quien la aprobó. Espero que cicatrizará la herida del mariscal, y que la recepcion que se le haga á su vuelta á Francia completará su curacion.”

¿Cuál podia ser esa herida? El hecho es que al terminar la intervencion en México, segun este documento, el gobierno francés manifestó que el general en jefe habia desempeñado su tarea difícil hasta que terminó la época de su mando. ¿Pero hoy qué debemos pensar? Nuestro gobierno, tan celoso por lo comun del honor hasta de sus inferiores funcionarios, sabe moderar la prensa y cerrar la frontera á las publicaciones estrangeras cuando se separan de ciertos principios. Tres meses antes de que volviera á Europa el antiguo general en jefe, muchos impresos de origen americano y otros inundaban libremente nuestro país, poniendo así en el pílori el nombre de un mariscal de Francia y estraviando la opinion pública. Se olvidó muy pronto que un mariscal está obligado á la disciplina del silencio militar, y que el gobierno, depositario del honor de sus militares de alto grado, como del suyo propio, es el único que tiene el derecho de hablar. Pero este derecho es tambien un deber imprescriptible, que no autoriza reticencias y que ordena, despues de una investigacion ruidosa, ó á degradar al general que ha traicionado las órdenes que se le dieron, y que ha faltado á la delicadeza y al honor, ó bien declarar públicamente, despues de haber sido igualmente justo con todos,

que ha merecido bien de su país. El ejército, la Francia y la Europa esperan con ansia este veredicto supremo!

Aquí termina la intervencion francesa en México. Los acontecimientos que ha habido durante los tres últimos meses de la vida de Maximiliano pertenecen al dominio de la historia mexicana. El elegido de la política francesa sucumbió con toda la altivez que convenia al nieto de Carlos Quinto. No puede, sin embargo, dejar de sentirse que no se haya hecho matar en Querétaro con la espada en la mano. Un conquistador, vencido por la fortuna, cae con mas dignidad entre el fuego de la batalla, que fusilado por una corte marcial. Nos vemos obligados á pensar que Maximiliano, arrastrado á la muerte por una faccion culpable, siempre creyó en un desenlace pacífico, y la prueba infalible es que siempre rehusó á sus seis generales salir de la plaza de Querétaro, con mil caballos, para correr á México á buscar las tropas de Márquez que permanecia sordo al llamado del soberano. Tambien respondió con una negativa á esos mismos generales que le suplicaban que dejase intentar esa misma expedicion al fiel Mejía, sin la cual profetizaban un desastre, que vino á confirmar el resultado. Esta acta colectiva, en la cual declaran los signatarios que cumplan con un deber de conciencia y de lealtad, está fechada el 11 de Abril de 1867. Desde entónces la idea fija del príncipe era abdicar pacíficamente los poderes, de que se creía investido, entre las manos de Juárez, á quien habia invitado á fin de ponerse ambos de acuerdo: esta es una prueba del poder de sus ilusiones. De otro modo no podia esplicarse la conducta del jóven soberano. Si hubiese pensado marchar al combate y jugar la última partida de la monarquía, no habria ciertamente abandonado su capital, en la cual podia rechazar á los que la asaltarán, para correr á encerrarse en una ciudad abierta y dominada por fuertes posiciones: no habria dejado léjos de sí, en México, quinientos húngaros fieles.

que le habrian formado un escudo con sus propios cuerpos en la pelea, y cuyos sables le habrian abierto el paso hasta la mar. Apesar de su abatimiento causado por el dolor y por la fiebre, habria empuñado con sus dos manos esa espada de los Hapsbourgs "que tenia en su juventud tanta impaciencia por blandir." Ha capitulado, porque su carácter caballeresco ha creído en la magnanimidad. En aquel momento supremo, cuando sus fieles austriacos se preparaban á morir por él, olvidaba que tenia que responder con razon de la sangre vertida por su causa. La ambicion es una cosa noble cuando tiene por objeto la felicidad de un pueblo. Un príncipe puede engañarse por un instante acerca de la sinceridad de los sufragios de la nacion que le ha confiado sus destinos, cediendo á un arranque pasagero ó á la compresion; pero la prueba pronto queda hecha. Cuando despues de pasados dos años los partidos continúan desgarrándose en todos los puntos del territorio, la ambicion que persiste es tan culpable y condenable, como la mano que se ha levantado contra la libertad de un pueblo, y la responsabilidad de las convulsiones de un país sube hasta los tronos que, si escapan del juicio de los hombres, no pueden eludir la severidad de la historia.

—“La escalera monumental del palacio de Caserta, es digna de la magestad. Nada es mas bello que figurarse ser el soberano colocado en lo mas alto de ella, y como resplandeciendo con el brillo del mármol que lo rodea, y figurarse dejando llegar hasta sí á los humanos. La turba asciende llena de contento: el rey les envia su mirada graciosa, pero que cae de lo alto. Él, el poderoso, el imperioso, avanza hácia la multitud con una sonrisa de augusta bondad. Que un Carlos Quinto, que una María Teresa aparezcan así de lo alto de esa escalera, y yo quisiera ver quién seria aquel que no doblase la frente ante la magestad que Dios da al poder. Yo tambien, pobre efímero, sentí subir en mí el

orgullo que ya habia experimentado en el palacio del dux de Venecia, y pensaba cuán agradable debia ser en ciertos momentos muy solemnes, pero frecuentes, estar arriba de esa escalera, poder dejar caer la mirada sobre los demas y sentirse el primero, como el sol en el firmamento."

Tales eran los pensamientos, trazados con su mano, que agitaban en 1851 el espíritu del archiduque Maximiliano, durante su permanencia en Nápoles. Ellos condujeron al monarca efímero sobre las alturas de Chapultepec, que ocultaban á sus ojos otra roca Tarpeya. Estando muy estrecho en el mundo viejo, fué á pedir una corona al nuevo hemisferio: no tuvo fuerza para llevarla. Pensador, sábio como un alemán, Maximiliano no tenia el carácter propio para intentar semejante aventura: de una naturaleza tierna, afectuosa hácia todos los seres que lo rodeaban, no estaba armado para la lucha, y como todos los seres débiles, recurrió al disimulo. El maquiavelismo que condenaba en el ciudadano, como Carlos I, proclamaba altamente que era necesario al príncipe. Ambicioso, valiente, generoso como la raza de que habia salido, no poseia la atrevida astucia que ha hecho tan grande á la casa de Saboya. Ultramontano por tradicion á la vez que por instinto, liberal por necesidad política y por el impulso del siglo, consumia su actividad en borrar al dia siguiente lo que habia emprendido la víspera, vacilando siempre cuál seria el mejor camino que deberia seguir. Salido del Norte, desconocia las pasiones que fermentaban bajo aquellas latitudes ardientes, y se quejaba de haberse engañado respecto á los hombres lo mismo que respecto á las cosas, no notandó que él era quien se engañaba á sí mismo. Porque, hijo del derecho divino, habia pretendido reinar por el sufragio popular. Fácil de dominar, le faltaba tenacidad. Toda su fuerza residia en la alma ardiente de la emperatriz Carlota. Roto sin compasion por la política americana, que estaba en su derecho,

y por la política francesa que se habia estraviado cruelmente, vencido por los acontecimientos á la vez que traicionado por sus propias fuerzas, Maximiliano pagó con su vida su pasion de poder. Sin embargo, debe reconocerse que deseaba lealmente la felicidad del pueblo, por cuyos sufragios se creyó sinceramente llamado al principio. Si ha cometido la falta de servir de instrumento á un partido rebelde al mismo tiempo que al gobierno francés, debe decirse con franqueza que él fué el menos culpable y el mas desgraciado.

Al concluir el estudio doloroso de este largo drama, tenemos la conciencia de haber defendido solo la verdad, y no ocultamos que somos felices por haber visto que los hechos consumados han vengado la reputacion de una gloria militar, que ha podido cometer faltas políticas en un país tan tormentoso como la córte de México; pero que ha sabido conservarse pura. Si (no importa el origen) emanan nuevos documentos que importe á la sinceridad de la crítica que se conozcan, estos podrán contradecir, pero no destruir los escritos auténticos en los cuales nos hemos apoyado sin pasion. Solo el porvenir se encargará de reconstruir el pasado con todos los materiales verdaderos que cada dia que pase traerá al monumento de la historia del segundo imperio francés. De todas maneras, de los acontecimientos ya conocidos brota una gran leccion: y es, que la política de los Estados, cuya divisa debe ser la honradez, no puede entregarse impunemente á todos los azares, sin sacudir el poder y sin comprometer el prestigio de su dignidad, tanto en el interior como en el exterior. Los gobiernos que no pueden olvidar que las pasiones agitan á la humanidad lo mismo en las altas regiones de la sociedad que en sus mas ínfimos grados, tienen la obligacion de someter todos sus actos á la comprobacion saludable y preventiva de sus gobernados, si no quieren esponerse á los rigores del juicio de la posteridad.

15 de Octubre de 1867.

FIN.